

¿Cómo citar el artículo?

Pérez Múnera, D. A. (julio-diciembre, 2020). Abrazando la fraternidad. Dejar de ser “los otros” para ser “nosotros”. *Revista Reflexiones y Saberes*, (13), 1-10.

Abrazando la fraternidad. Dejar de ser “los otros” para ser “nosotros”

Diego Alejandro Pérez Múnera

Corrector de Estilo

Fundación Universitaria Católica del Norte

dalejandrop@ucn.edu.co

La Iglesia católica siempre ha estado, en cabeza de sus papas, interesada por dar respuestas, desde la fe, a los signos de los tiempos, a los grandes cambios que se presentan en el mundo. Por medio de diferentes documentos se envían orientaciones y algunos mensajes que sensibilizan y ofrecen algunas pautas para buscar una humanidad interesada por el bien común. Así las cosas, el presente manuscrito, ofrece una reflexión sobre la Encíclica Fratelli Tutti, escrita por el Papa Francisco, en el año 2020, y en la que presenta una exhortación a la humanidad entera, desde cada persona y con el compromiso de los Estados, para abrazar la fraternidad, en aras de buscar un mundo donde prime la cercanía, la solidaridad, la amistad social y el trabajo conjunto. Aunque la encíclica en mención presenta varios capítulos, este texto se centra en los primeros tres, los cuales dilucidan algunas luces para lograr un mundo abierto y fraterno.

A modo de introducción

Ante la situación actual que vive la humanidad, todos nos hemos visto abocados a una transformación total en nuestra forma de vida; de hecho, todos los sectores han tenido que hacer cambios, y la vida es diferente a la que conocíamos. En este escenario, es preciso recordar la necesidad urgente y latente del encuentro con el otro, de ver la fraternidad como ese don que nos permitirá avanzar y superar las dificultades. En este orden de ideas, y en aras de dar una voz de aliento al mundo, tal vez desorientado por la actual coyuntura, el papa Francisco ofrece una invitación para que todos seamos hermanos, para que salgamos de sí y nos entregamos al otro; y

esta exhortación la hace a partir de su nueva Encíclica “*Fratelli Tutti*”, que significa “Hermanos todos”; documento publicado en el mes de octubre de 2020, y por medio del cual, el Papa ofrece:

Un humilde aporte a la reflexión para que, frente a diversas y actuales formas de eliminar o de ignorar a otros, seamos capaces de reaccionar con un nuevo sueño de fraternidad y de amistad social que no se quede en las palabras. (No. 6)

Es evidente recordar que el ser humano es social por naturaleza, que necesita de los otros para crecer, aprender, vivir; por ello, es necesario ofrecer algunas pautas para volver al estado de fraternidad, para reconocer al otro desde su diferencia, respetando su forma de ser y de vivir, y creciendo con él, desde el amor y la solidaridad. Lo anterior, cobra relevancia en estos tiempos, en donde se invita a los Estados a trabajar juntos por el bien común, en donde estamos llamados a dar una mano amiga a aquellos que sufren, en donde de nuevo se hace latente la urgencia de escuchar los gritos del hermano que está en apuros. Bien lo expresa el papa Francisco (2020),

Nadie puede pelear la vida aisladamente. [...] Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante (...). Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos. (No. 8).

Así las cosas, y a modo de reflexión, este manuscrito pretende hacer un acercamiento a los tres primeros capítulos del mensaje del Papa, como una invitación a su lectura completa, y como forma de motivar sobre la necesidad de acercarnos al otro, de darle sentido a la relación fraterna como humanidad.

Reconociendo las sombras que nos alejan

En este primer acápite de la Encíclica, el Sumo Pontífice hace un recuento de aquellas dificultades y problemas que están desmoronando en el mundo el concepto de fraternidad, y que lo envuelve en sombras de egoísmo, preocupación por intereses personales, ensimismamiento. El mundo, que busca una apertura desde la solidaridad y la unidad, de nuevo se ve amenazado por algunas sombras que lo hacen cerrarse al interés comunitario. Y este acercarse a la realidad, no tiene como fin ampliar la dificultad, sino conocerla, reflexionar y tener un contexto claro, para

ofrecer un panorama distinto, que apunte a la amistad social y a la reconciliación colectiva. Entonces, algunas de esas sombras mencionadas son las siguientes:

En primera instancia, se presenta la sombra de la *cultura de economía global*, aquella que facilita la apertura de mercados, de Estados, de regiones, pero sacrificando a las personas, en tanto les aísla, les divide y les hace egoístas; dice el papa Francisco (2020):

Esta cultura unifica al mundo pero divide a las personas y a las naciones, porque «la sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos» (...). Estamos más solos que nunca en este mundo masificado que hace prevalecer los intereses individuales y debilita la dimensión comunitaria de la existencia. (No. 12)

En este sentido, y ante la falta de esa apertura integral, se presenta otra sombra que no reconoce a los seres humanos como esencia de la sociedad, sino que les *descarta*, les abandona, les aísla, ante el pensamiento de que ya no son útiles. Expresa el papa Francisco (2020):

En el fondo «no se considera ya a las personas como un valor primario que hay que respetar y amparar, especialmente si son pobres o discapacitadas, si “todavía no son útiles” —como los no nacidos—, o si “ya no sirven” —como los ancianos—. (No. 18)

Asimismo, una sombra que sigue creciendo, es la de la *inequidad*, que solo trae pobreza, aunque disfrazada de otras formas. El mundo le sigue apostando al crecimiento, pero deja de lado el desarrollo humano, aquel que se preocupa por la persona y sus necesidades, desde valores como la justicia y la igualdad. El papa Francisco (2020), aborda este tema indicando que “Hay reglas económicas que resultaron eficaces para el crecimiento, pero no así para el desarrollo humano integral (...). Aumentó la riqueza, pero con inequidad, y así lo que ocurre es que «nacen nuevas pobrezas». (No. 21).

Y dichas nuevas pobrezas, están también enmarcadas por el *poco respeto a los derechos humanos*, que son universales, inalienables, dignos de respeto. Tanto tiempo después de su promulgación y todavía subsisten grandes atentados que les amenazan. Persiste la sombra de la *injusticia social*, en la cual “Mientras una parte de la humanidad vive en opulencia, otra parte ve su propia dignidad desconocida, despreciada o pisoteada y sus derechos fundamentales ignorados o violados” (Papa Francisco, 2020, No. 22).

De otro lado, como una sombra que distancia, siguen las *diferencias* entre personas y países, incluso entre hermanos; se olvida, de alguna manera, la invitación de facilitar puentes, que

acerquen y generen unidad, para construir muros, aquellos que fundan discordia, guerra, divisiones, y otras tantas consecuencias que atentan contra la paz. El papa Francisco (2020), llama esta sombra *falta de alteridad* (No. 27).

En este punto, es necesario mencionar una sombra que parte de cada individuo, y el papa Francisco (2020) la presenta como inaceptable en los cristianos; es aquella en la cual se *discrimina* o se aparta al hermano, especialmente al migrante, “haciendo prevalecer a veces ciertas preferencias políticas por encima de hondas convicciones de la propia fe: la inalienable dignidad de cada persona humana más allá de su origen, color o religión, y la ley suprema del amor fraterno” (No. 39).

Por otra parte, aunque tanto se ha insistido en el uso de las tecnologías de la información y la comunicación, incluso para los procesos de Evangelización, es preciso mencionar una sombra que desdibuja la recta intención, y es precisamente el uso de dichos medios para *desmeritar*, *agredir* y *atacar* a los hermanos, aprovechando la inmediatez y acogida de estas alternativas. Dice el papa Francisco (2020), en cuanto a la comunicación digital, que se presenta una “(...) ebullición de formas insólitas de agresividad, de insultos, maltratos, descalificaciones, latigazos verbales hasta destrozar la figura del otro, en un desenfreno que no podría existir en el contacto cuerpo a cuerpo sin que terminaríamos destruyéndonos entre todos” (No. 44).

Teniendo en cuenta lo anterior, y entiendo la importancia de la virtualidad para el mundo actual, y especialmente para estos tiempos de crisis, el papa Francisco llama la atención sobre la necesidad de no olvidar ni dejar de lado la presencialidad, el encuentro cara a cara con el otro, el sentirle en carne propia, en acogerlo desde lo real y tangible. “Hacen falta gestos físicos, expresiones del rostro, silencios, lenguaje corporal, y hasta el perfume, el temblor de las manos, el rubor, la transpiración, porque todo eso habla y forma parte de la comunicación humana” (Papa Francisco, 2020, No. 43).

De otro lado, y como una sombra que abarca no solo a las instituciones, sino a cada persona, se habla de la *falta de escucha*, de esa incapacidad para atender lo que el otro quiere expresar; por ello somos indiferentes ante tantas realidades. El papa Francisco (2020), presentando como modelo a San Francisco de Asís, indica que es necesario no perder la capacidad para escuchar, de manera que resuene la voz del enfermo, del pobre, de la naturaleza, del necesitado (No. 48).

Finamente, para cerrar este primer capítulo, en el cual se mencionan las sombras que nos aíslan como humanidad, el papa Francisco (2020) deja entrever una luz de esperanza, lo que debe convertirse en un proyecto que aporta a esa empresa llamada fraternidad, y no dejar pasar de nuevo esta oportunidad de aprender:

Ojalá que al final ya no estén “los otros”, sino sólo un “nosotros”. Ojalá no se trate de otro episodio severo de la historia del que no hayamos sido capaces de aprender. (...). Ojalá que tanto dolor no sea inútil, que demos un salto hacia una forma nueva de vida y descubramos definitivamente que nos necesitamos y nos debemos los unos a los otros, para que la humanidad renazca con todos los rostros, todas las manos y todas las voces, más allá de las fronteras que hemos creado. (No. 35)

Acogiendo las luces que nos acercan

Y como es costumbre en el papa Francisco, de enseñar con ejemplos, de alumbrar con la Palabra de Dios las realidades actuales, en el segundo capítulo se hace una reflexión especial para contextualizar la importancia de la fraternidad en el mundo; para ello, se presenta la conocida parábola de “El buen samaritano”; aquella, tan actual, que ilustra un hermano doliente y necesitado, que hoy puede ser visto desde cualquier situación, y las dos actitudes que el ser humano puede asumir ante esta situación: la de pasar de largo, ignorando y siendo indiferente ante el hermano, o prestando su servicio, integral y amoroso, sin importar las distinciones y diferencias; actitud que, como se indica a continuación, permea la unidad y motiva al encuentro con el otro:

Al amor no le importa si el hermano herido es de aquí o es de allá. Porque es el «amor que rompe las cadenas que nos aíslan y separan, tendiendo puentes; amor que nos permite construir una gran familia donde todos podamos sentirnos en casa. [...] Amor que sabe de compasión y de dignidad». (Papa Francisco, 2020, No. 62)

Además de presentar la parábola en mención (Lc 10, 25-37), el Papa quiere ofrecernos algunas luces, que allí se dejan ver. Una de ellas, es la *importancia del tiempo*, de dedicar tiempo de calidad al hermano necesitado, pese a nuestros propios afanes. Estamos absortos en las angustias de un mundo acelerado, y dejamos perder la posibilidad de encontrarnos con el otro, de escucharle,

ayudarle, prestarle atención. El papa Francisco (2020), poniendo como modelo al samaritano expresa:

Uno se detuvo, le regaló cercanía, lo curó con sus propias manos, puso también dinero de su bolsillo y se ocupó de él. Sobre todo, le dio algo que en este mundo ansioso retaceamos tanto: le dio su tiempo. Seguramente él tenía sus planes para aprovechar aquel día según sus necesidades, compromisos o deseos. Pero fue capaz de dejar todo a un lado ante el herido, y sin conocerlo lo consideró digno de dedicarle su tiempo. (No. 63).

Atendiendo a lo anterior, y como otra luz necesaria, que alumbre este camino de fraternidad, se nos invita a fortalecer la *cultura del encuentro*, permeada por el acompañamiento y el cuidado de los más frágiles, aquellos que en nuestro contexto tienen tantos rostros. Se nos invita con insistencia a superar la actitud del sacerdote y el levita de la historia, a no acostumbrarnos, como dice el papa Francisco (2020), a pasar por un lado, mirar de reojo y no prestarle atención a las realidades o situaciones que aquejan a la humanidad, solo hasta que ellas directamente nos toquen (No. 64).

También, es necesario reconocer que el dolor, la dificultad, la angustia son aristas de la vida, aunque más presentes en algunos hermanos; por tanto, es necesario que la sociedad se construya dándole la cara a esta realidad, dejando de lado el egoísmo, e *interesándose por el otro*, que es esencial; “Con sus gestos, el buen samaritano reflejó que «la existencia de cada uno de nosotros está ligada a la de los demás: la vida no es tiempo que pasa, sino tiempo de encuentro»” (Papa Francisco, 2020, No. 66).

En este orden de ideas, otra luz, quizá la que reúne o lleva a plenitud las demás, es la de abrazar la *alteridad*, es decir, acoger al otro como parte esencial de la vida propia, de contar con su presencia, de acogerle y ayudarle; se hacen actuales las palabras de Jesús “Misericordia quiero, y no sacrificios” (Mt 9, 13). Por ello, quien dice amar a Dios, debe demostrarlo en el hermano, especialmente en el necesitado, porque como ilustra el papa Francisco (2020):

San Juan Crisóstomo llegó a expresar con mucha claridad este desafío que se plantea a los cristianos: «¿Desean honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecien cuando lo contemplan desnudo [...], ni lo honren aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonan en su frío y desnudez». (No. 74)

Finalmente, la sociedad está llamada a permear, en todos los escenarios, políticos, educativos, religiosos, laborales, familiares, la *cultura del encuentro*, aquella que tenga como principios la inclusión, la integración, la preocupación por el hermano; es la exhortación a no preguntarnos más quién es el prójimo, sino a volvernos nosotros prójimos del otro. “Entonces, ya no digo que tengo “prójimos” a quienes debo ayudar, sino que me siento llamado a volverme yo un prójimo de los otros” (Papa Francisco, 2020, No. 81).

Abriendo el mundo; actitudes para ser más hermanos

El Sumo Pontífice, en esta reflexión que nos acerca a la necesidad de apostar por la fraternidad y la amistad social, ofrece algunos esbozos sobre el escenario de un mundo abierto, que acoja a todos, desde el respeto por la dignidad, que no se mide por las posibilidades, lugares, razas y otros ideales, que se sustentan en la individualidad. Un mundo abierto es aquel que lucha para que todos tengas calidad de vida. Y para que esto suceda, es indispensable reiterar que el ser humano, para desarrollarse y crecer, requiere del otro, del hermano, tanto el propio como el extranjero; es en los otros donde se reconoce; “Un ser humano está hecho de tal manera que no se realiza, no se desarrolla ni puede encontrar su plenitud «si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás»” (Papa Francisco, 2020, No. 87).

En este orden de ideas, el reconocimiento del otro, como parte fundante de la vida, llega a la plenitud desde el *amor*, como aquella única experiencia, íntima, profunda, certera, que moviliza a cada persona para darse al otro, aunque tenga que renunciar a muchas cosas propias; esto es un reto que, como lo indica el papa Francisco (2020), tiene todo ser humano: “en cualquier caso el hombre tiene que llevar a cabo esta empresa: salir de sí mismo” (No. 88); y solo será posible, si el sostén de dicha empresa es el amor. Amor desde la pareja, desde la amistad, en cualquiera de sus manifestaciones; amor que acompaña el crecimiento de cada persona, que se deja complementar o complementa a otra.

Lo anterior, incluso es más fuerte para los que nos llamamos cristianos, porque seguimos una Iglesia fundada en la entrega por amor, y es por ello que “Todos los creyentes necesitamos reconocer esto: lo primero es el amor, lo que nunca debe estar en riesgo es el amor, el mayor peligro es no amar” (Papa Francisco, 2020, No. 92).

Teniendo en cuenta lo dicho, ese amor debe ser materializado; es decir, no puede quedarse en plano romántico, de la palabra y la poesía, tiene que ser tangible, y la manera de hacerlo es por medio de la *caridad*, que como lo explica el papa Francisco, al referirse a esta palabra, la misma no es más que el reconocimiento y la estimación por el otro, que tiene valor, que es “caro” para mí (No. 93); como espreciado para mí, le cuido, le conservo, le sirvo, le respeto.

Además, esa caridad debe ser entregada a todos, pero con especial énfasis a los que, en nuestra sociedad actual, son descartados, aislados, no tenidos en cuenta; caridad es ser la voz de los que no la tienen, porque aún no sirven, porque ya no sirven, o simplemente porque no sirven como se quiere, desde la eficiencia; el Papa insta, por ello, a pensar en los ancianos, en los discapacitados, en aquellos que tienen una manera más lenta de aprender o aportar, porque las situaciones en las que crecieron o se educaron no fueron las mejores. Además, invita a permear la vida desde la diversidad, la diferencia, lo que cada uno pueda dar, y en el ritmo en lo que pueda dar. Dice el papa Francisco (2020):

Porque «el futuro no es monocromático, sino que es posible si nos animamos a mirarlo en la variedad y en la diversidad de lo que cada uno puede aportar. Cuánto necesita aprender nuestra familia humana a vivir juntos en armonía y paz sin necesidad de que tengamos que ser todos igualitos» (p. 100).

En este punto, y retomando la historia del buen samaritano, es necesario que el ser humano cambie el rol de “socio”, que solo implica la ayuda desde ciertos intereses, y asuma la postura del “prójimo”, aquel que actúa desde el bien común, con todos, sin importar lo que tenga que dejar, o simplemente sin esperar nada a cambio (Papa Francisco, 2020, No. 102). De nuevo retumba la necesidad de salir de sí, de vencer el egoísmo, el individualismo, aquel que, como lo esboza el papa Francisco (2020) “no nos hace más libres, más iguales, más hermanos” (No. 105).

Así las cosas, junto con el amor, evidenciado desde la caridad, es necesario *darle valor* a lo humano, a cada ser, desde su particularidad, desde sus circunstancias, por mera dignidad; “Hay un reconocimiento básico, esencial para caminar hacia la amistad social y la fraternidad universal: percibir cuánto vale un ser humano, cuánto vale una persona, siempre y en cualquier circunstancia” (Papa Francisco, 2020, No. 106).

En este sentido, ese valor debe ser también garantizado por los Estados y Gobiernos, con planes que involucren a todos, no solo de la suplencia de necesidad, sino con oportunidades para

el crecimiento y desarrollo personal; no basta con darle ayuda a un discapacitado, si no se le acondicionan los espacios y se le recibe en la sociedad, desde lo laboral, para que aporte, a su ritmo y su manera. Sobre esto el papa Francisco (2020) indica:

Una sociedad humana y fraterna es capaz de preocuparse para garantizar de modo eficiente y estable que todos sean acompañados en el recorrido de sus vidas, no sólo para asegurar sus necesidades básicas, sino para que puedan dar lo mejor de sí, aunque su rendimiento no sea el mejor, aunque vayan lento, aunque su eficiencia sea poco destacada. (No. 110)

Por otro lado, y complementando las actitudes que se requieren para un mundo abierto, es necesario abrazar la *benevolencia*, aquella virtud que el papa Francisco (2020) presenta como la actitud o el deseo de bienestar para el otro; el mismo Pontífice lo relaciona como esa espera de que lo excelente, lo bueno, lo que produce bienestar al hermano le llene y le edifique (No. 112).

Para esto, es necesario comprender que el amor, la caridad, la solidaridad, la benevolencia y el servicio, si bien se desarrollan desde la decisión personal, tienen sus bases desde la infancia; por ello es necesario que la familia, la escuela y los medios de comunicación ayuden y aporten en este camino, que llama el papa Francisco (2020), de formación para la fraternidad, desde los valores, principios y maneras de servir al otro, incluso desde la renuncia, porque “El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos la “padece” y busca la promoción del hermano” (No. 115).

Por todo lo anterior, podría concluirse que el mundo abierto es aquel que le apuesta a un desarrollo integral, no solo al crecimiento, por ejemplo, desde lo económico, sino un desarrollo que contemple lo humano en su esencia, que le garantice lo mínimo, para que pueda crecer desde adentro. Dice el papa Francisco (2020): “Es posible anhelar un planeta que asegure tierra, techo y trabajo para todos. Este es el verdadero camino de la paz” (No. 127).

Reflexiones finales

Es evidente la exhortación precisa que nos hace el papa Francisco en su Encíclica *Fratelli Tutti*, y cómo solo en los tres primeros capítulos esboza una realidad que amerita cuidado, en tanto existen sombras, actitudes que distancian, elementos que amenazan a la humanidad, porque la convierten en un espacio frío, preocupado por el mercado, el dinero, el crecimiento, pero dejando

de lado el desarrollo humano, la unidad, la cercanía entre hermanos, porque eso somos, hermanos, hijos de un mismo Padre, el Padre creador.

No obstante, el papa Francisco también nos alienta en la esperanza, acercando algunas luces, bellas actitudes, propias del ser humano, que le permiten alejarse del individualismo y el egoísmo, para darse a la apertura del otro, del próximo y el lejano, del propio y del extraño, del familiar y del amigo, del conocido y del nuevo. Luces que deben ser fortalecidas, en aras de lograr una humanidad unida, que se acoge, que trabaje por el bien común, que solucione los errores milenarios, y que mire al futuro con alegría e ilusión.

Es la posibilidad de abrir el mundo a la fraternidad, no solo desde un compromiso de Estados, sino con el aporte individual y personal de cada ser humano, aquel que debe asumir la actitud del samaritano, dejando de lado su interés para servir al que más lo necesita, siendo próximo, cercano, servidor. Es momento de olvidar la presencia fría, de dejar esa actitud de pasar de lado o mirar de reojo, como el sacerdote y el levita de la parábola; el mundo para sanarse requiere de humanos que se amen, se respeten, se valoren, estén siempre al servicio del otro. Salir de sí, para darse, acoger a cualquiera como el hermano que Dios ha dispuesto. Y más como cristianos, pues desde el bautismo estamos llamados a ser profetas, misioneros, y eso solo significa darse al otro por amor.

Aportemos entonces nuestro grano de arena en este sueño mundial de volver a la fraternidad, de abrazar la unidad entre todos, de dejar de ser “los otros”, para ser un “nosotros”. Acojamos la invitación, y oremos juntos con el papa Francisco aquellas palabras vivas que pronunciara con otros líderes, de diversas iglesias, y que retoma en su encíclica:

En nombre de la fraternidad humana que abraza a todos los hombres, los une y los hace iguales. (...). En el nombre de Dios y de todo esto [...] “asumimos” la cultura del diálogo como camino; la colaboración común como conducta; el conocimiento recíproco como método y criterio. (Papa Francisco, 2020, No. 285).

Referencia

Francisco. (2020). *Carta Encíclica Fratelli Tutti, sobre la fraternidad y la amistad social*. http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html#_ftnref6